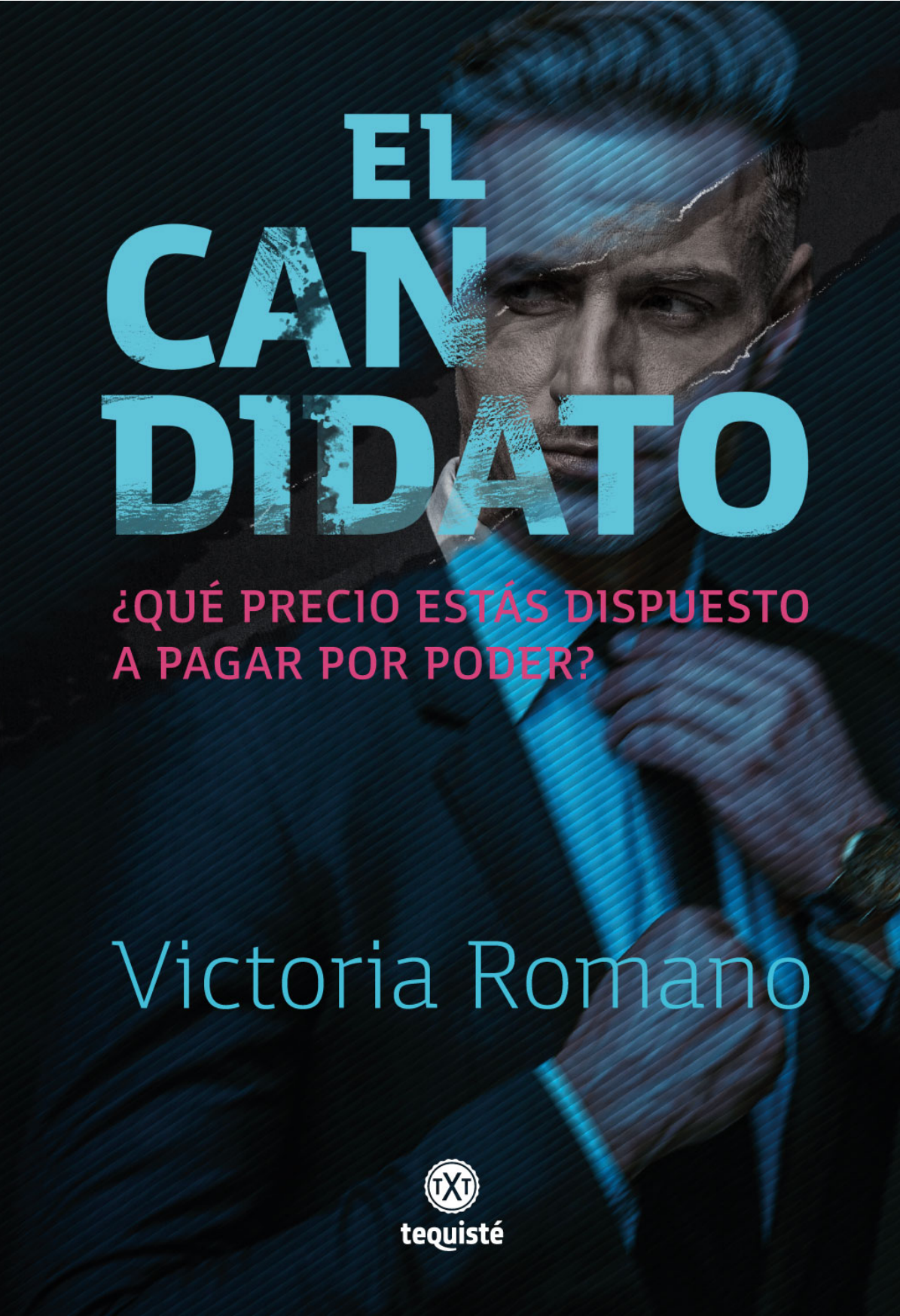


A man in a dark suit and light blue shirt is shown from the chest up. His face is partially obscured by large, bold, light blue text. The text 'EL CANDIDATO' is superimposed over his face, with the letters appearing to crack and peel away from his skin. The background is dark and textured.

EL CANDIDATO

¿QUÉ PRECIO ESTÁS DISPUESTO
A PAGAR POR PODER?

Victoria Romano



tequisté

EL CAN DIDATO

El candidato

© de los textos: Victoria Romano, 2024

© de esta edición: Editorial Tequisté, 2024

Corrección: M. Fernanda Karageorgiu

Diseño gráfico y editorial: Alejandro Arrojo

1ª edición: julio de 2024

ISBN: 978-987-8958-69-9

Editorial Tequisté:

hola@tequiste.com

www.tequiste.com

📷 @tequiste

📺 @tequiste

📘 @tequisteeditorial

📞 AR +54 9 11 6154 5552

ES +34 657 20 65 99

Se ha hecho el depósito que marca la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni su distribución o transmisión de forma alguna, ya sea electrónica, mecánica, auditiva, digital, por fotocopia u otros medios, sin el permiso previo por escrito de su autor o el titular de los derechos.

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Romano, Victoria

El candidato : ¿qué precio estás dispuesto a pagar por poder?

/ Victoria Romano. - 1a ed - Pilar : Tequisté. TXT, 2024.

486 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-8958-69-9

1. Thriller. 2. Novelas. I. Título.

CDD A863

*Este libro está dedicado a la memoria de
Felisa, y a Guadalupe,
por haber sido protagonistas de una de
las épocas más felices de mi vida.
A mis queridas Rosario (Chiqui), Marisol,
Natali, Cynthia y Giselle.*

Agradecimientos

Cuando escribí mi primer libro, no pensé en los agradecimientos, imaginé que eso era algo que hacían otros autores (quizás más conocidos). Cerca del final de este querido libro, sentí una necesidad muy grande de agradecer, así que aquí vamos. En primer lugar, quiero darle las gracias al equipo de la editorial, en especial a Fer, mi editora; gracias por la dedicación que pusiste para que mis libros sean lo que son, sin tus correcciones y profesionalismo nada de esto sería posible. Gracias a una excelente escritora, mi tocaya Victoria Mora (que conocí a través de mi hermana del alma, mi Macuca), con quien emprendí los primeros pasos en esto que le llaman escribir un libro.

También quiero agradecer a mi familia, en especial a mi madre, por su apoyo incondicional y porque publicitó mi primer libro como nadie. Le doy las gracias a mi tío Mario y a mi tía Patricia, no tengo palabras para expresar lo agradecida que estoy con ustedes por toda su generosidad, sin su gran ayuda tampoco hubiera podido escribir y publicar mis libros. Quiero agradecer a todas mis amigas (las que son familia y elegí como amigas, las que conocí en el colegio, en el club y luego en mi trabajo, las que están lejos —cerca de mi corazón— o las que viven a unas cuadras)

sin su apoyo representado en charlas, mensajes, audios y comentarios sobre series, mi vida sería otra. Ustedes también son parte de lo que me impulsa a escribir.

No quiero finalizar sin antes agradecer a personas fundamentales en mi vida que no están físicamente, pero no tengo dudas de que me guían e iluminan en todo momento. Creo que son las personas que más apostaron y confiaron en mí —cuando ni yo misma creía que iba a poder con todo—: mi amado padre, mi abuela Felisa y mi abuelo Julio; les debo mucho, parte de lo que soy.

EL CAN DIDATO

¿QUÉ PRECIO ESTÁS DISPUESTO
A PAGAR POR PODER?

Victoria Romano



ADI

—Adela, tenés que volver, es tu hermana.

Adi escuchó parte de la conversación y luego su presencia se fue lejos, la oscuridad se apoderó de ella.

LUISA

Luisa no se había sentido bien durante los últimos días y no quería hacer caso a lo que una amiga le había recomendado: hacerse un test de embarazo. Estaba con unos días de retraso, raro, ya que ella había sido siempre muy regular en su periodo. Finalmente, tomó coraje y fue a la farmacia junto con todos los miedos del mundo; en el trayecto ignoró varios mensajes de su madre, no veía la hora irse a vivir sola.

La joven había terminado su carrera en ciencias políticas y había dado comienzo a una maestría en gestión pública, le gustaba el mundo de la política. Su trabajo en una consultora a tiempo parcial no le permitía independizarse, gracias que le alcanzaba para pagar sus estudios y cubrir sus gastos, por ahora independizarse no era una opción. Su hermana le había ofrecido dinero, pero era demasiado orgullosa para aceptarlo, además no consentía la relación que estaba manteniendo desde hacía un tiempo con un hombre mayor y casado, por suerte sus amigas la cubrían cuando no volvía a dormir a casa. Estaba muy enamorada, apostaba a que en algún momento llegara el anillo y la idea de formar una familia, hasta ahora solo un sueño.

Estaba en el baño de la universidad, sentada en el inodoro esperando el resultado, así lo prefería, antes que dejar algún rastro en su hogar. La espera se hacía eterna

entre voces indistintas de mujeres que entraban y salían, sentía los ruidos de las canillas, los golpes de la puerta, un mundo se formaba en su cabeza. Pasaron los minutos y allí estaba el resultado: estaba embarazada. Tiró el test en el cesto y lavó sus manos mientras pasaba agua por su rostro; la noticia la había agobiado, no podía negar que un poco la emocionaba, era una locura, así todo, podría funcionar. Ni bien estuvo fuera tomó su teléfono y le mandó un mensaje a su hermana, tenía que contárselo, Adi era su confidente. Aunque se opuso desde el primer momento a la relación, sabía todo lo que pasaba con el señor misterioso, tenía que apoyarla en esto. Pensaba también en como encararía a su novio, su amor estaba preparándose para uno de los pasos más importantes de su vida, la presidencia de la República. En cuanto al futuro de su relación, el plan era esperar hasta después de las elecciones para mostrarse por fin juntos, era su sueño. En ese momento pensó que lo mejor era llamarlo para hablar con él. Se sentó sola en un banco y marcó rápidamente su número.

—Hola, amor, tengo que hablar con vos. Es muy importante.

Del otro lado el tono era cortante.

—Hola, ahora no, estoy ocupado.

—Me imagino, pero lo que tengo para decirte es muy importante y no pienso esperar.

El tono de insistencia de Luisa le estaba molestando.

—Hoy a la noche, a la hora y en el lugar de siempre.

La línea quedó muda, y ella también. Luisa se sintió algo abrumada por la situación, no estaba acostumbrada a que nadie le cortara de esa manera, no a ella. Era una mujer muy hermosa y llamativa, todos los hombres se daban vuelta para mirarla; sus cabellos rubios, sus ojos

verdes junto con su metro setenta y su cuerpo formado hacían delirar a cualquiera. Nunca le fue difícil conquistar hombres y conseguir todo lo que quería, a veces se aburría de tener todas las cosas tan fáciles, pero con su nuevo amor había sido diferente, siempre como en un peldaño más abajo, eso la irritaba y a la vez la desafiaba.

Se levantó del banco y se fue al comedor del campus en busca de sus compañeras.

ADI

Adela (para cualquiera que la conociera un poco su nombre era Adi) estaba ensayando en un uno de sus salones para el próximo concierto que daría. Vivía en Los Ángeles, en una hermosa casa en Bel-Air. A poco de haber terminado sus estudios en el instituto, dejó el país. Su padre y quien fuera en ese momento su novio estaban en total desacuerdo en que Adi comenzara a estudiar baile y actuación. Su padre estimaba que una joven de su clase no debía perder tiempo en esas cuestiones ni adentrarse en un mundo tan vulgar, en cambio, su madre sí estaba de acuerdo, pero con tal de no discutir apoyó la voluntad de su marido. La joven tenía muy resuelto su camino, se anotó en la universidad y faltó a todas las clases posibles para poder trabajar y conseguir la mayor cantidad de dinero. Cuando tuvo lo necesario para el pasaje y un poco más, partió a la gran manzana. Una exalumna del instituto al que iba se había mudado a New York y la había ayudado con el alojamiento y el trabajo; consiguió un puesto en un local de comidas rápidas y su tiempo libre lo destinaba a presentarse en castings de obras de teatro o comedias musicales, lo que fuera, su sueño era ser una estrella

de Hollywood, cantar, bailar y actuar como las mejores. Su constancia y disciplina la llevaron a ser una de las mejores bailarinas de su época, lo que más le gustaba era el baile contemporáneo. Sus shows daban vuelta el mundo entero, sus coreografías y su voz dejaban a todos en vilo. Sin tener nada, y desde abajo, Adi se convirtió en una estrella del pop ícono, tenía una fortuna que jamás había imaginado, pero le dolía no haber compartido esto con su familia. A medida que la fama fue creciendo, y con ella el dinero, pudo pagar pasajes para que su hermana y su madre fueran a visitarla, lo hicieron pocas veces ya que su padre se oponía rotundamente. Luego de unos años dejó de insistir, hablaba poco con su madre, a la que sí veía, su único contacto con la familia y todo lo que tuviera que ver con su origen era su hermana, su pequeña Lucy.

Adi bebió un sorbo de agua, secó su cara con una toalla y tomó su teléfono último modelo donde titilaban varios mensajes de su hermana, parecía ansiosa (siempre lo estaba) por contarle una noticia importante; intentó llamarla.

—Lucy, ¿qué pasa?

—Adi, por fin apareces, tengo algo muy importante que contarte, pero ahora no puedo, estoy en la calle, salí de la universidad y voy directo a casa, a la noche tengo una cita importante.

—Por favor, no me digas que seguís viendo a ese tipo.

Adi caminaba por el salón, mientras estiraba sus músculos, no quería escuchar la respuesta de su hermana, ya la sabía.

—Claro que sigo, tenemos mucho que hablar, mañana hacemos una videollamada y te explico todo, besos a Trevor y a Leti.

Luisa colgó, Adi se quedó mirando el teléfono, como siempre su hermana no le daba tiempo a reaccionar.

Cuando volvieran a conversar, todo sería un monólogo sobre ella y en algún momento podría contarle que hace semanas ella y Trevor estaban separados y que su vida se venía abajo. Tocarón la puerta, era Leti, su manager y amiga, le pidió que aguardara, tomó su bolso, cerró la puerta y no quiso pensar en nada más.

CONRADO

El senador Conrado López Subiri estaba finalizando una jornada de reuniones, estaba algo intrigado por el llamado de Luisa, siempre lo interrumpía en momentos en los que él no tenía tiempo para alguno de sus planteos. Mal que le pesara debía reconocer que esa chica tenía algo que lo dejaba fuera de juego, le encantaba. Su juventud, su frescura y lo hermosa que era lo llevaban a soportar todos sus caprichos. Pensó que nada de lo que hubiera sucedido sería tan grave que una cartera de primera marca no podría solucionar. Sabía como funcionaba el mundo femenino y como tener a las mujeres encantadas. Había funcionado durante años con su esposa, lo que algunos llamaban un matrimonio envidiable. Le costaba mantenerse fiel, no podía, la relación con Luisa se le había ido de las manos. Durante toda su vida había tenido amantes, nada que superara algunos encuentros, ellas se cansaban de su desatención y él no quería planteos. Con Luisa fue diferente, la conoció en un evento que organizaba la universidad donde estudiaba. No se olvidó nunca de ese momento. Conrado llegó con Osvaldo (su mano derecha y guardaespaldas) y Luisa estaba ahí, con un vestido negro muy corto, riendo y eclipsando el lugar.

—Que alguien me diga cuál es la fórmula para divertirse así en un evento como este.

—Tu cara me suena conocida.

—¡Luisa! Es el senador Conrado López Subiri.

La mujer que estaba con ella —docente de la universidad— se lo dijo en tono de reproche, y a Luisa no parecía ni importarle, cosa que terminó de seducir a Conrado.

—Tranquila, somos muchos senadores, podés no saber quién soy.

Luisa sonrió y se mordió el labio, y lo miró tímidamente. En ese momento pasó un mozo y los dos tomaron una copa de champagne. Charlaron animados tanto tiempo que Conrado olvidó por completo que también estaba ahí para empezar con su campaña presidencial.

—Bueno, senador, perdón, tengo que irme, mañana madrugo.

—¿Agenda complicada?

—Trabajo en la consultora a tiempo parcial y estoy cursando una maestría en políticas públicas y medio ambiente.

—Interesante, me imagino que te queda poco tiempo para salir.

En ese momento, uno de sus asesores ahí presente le hizo señas a Conrado por una persona importante a la que debía ver.

—Sí, algo así, me las arreglo, pero si querés algún día de estos podemos vernos, me interesaría tener la oportunidad de trabajar con alguien importante en el congreso.

Luisa no dejaba de coquetearle a Conrado que cada vez estaba más interesado en ella.

—Podemos intercambiar números de teléfono y nos comunicamos, ¿te parece?

—Dale, cuando tengas tiempo me escribís, que seguro

debés estar siempre ocupado —dijo Luisa en un tono socarrón.

Esa desfachatez de la joven terminó por conquistarlo, estaba acostumbrado a trabajar con gente que siempre trataba de ser más formal de lo requerido y le molestaba.

Volvió de sus pensamientos y recordó que antes de partir al encuentro, no solo tenía varias reuniones de campaña con gente del partido, sino que tenía que avisarle a su mujer que no volvería a casa al horario fijado, sabía que Virginia había organizado una cena con parte de la familia. Por un lado, estaba contento de no tener que soportar a su cuñada, sabía que vendrían los reproches, pero su mujer estaba tan ilusionada (o más que él) con la posible vida como primera dama que últimamente le perdonaba cualquier cosa, además de utilizar las tarjetas de crédito hasta reventar. Sentado en su escritorio mientras miraba una foto de su mujer y sus dos hijas en una hermosa playa del caribe, marcó su número.

—Hola, amor, me surgió una reunión de campaña a último momento.

—Pero Conrado, viene mi hermana con su familia a cenar, hoy por la mañana tu secretaria me confirmó que estabas libre.

—Sí, pero esto es algo del momento, sabés que las elecciones están cerca, los dos acordamos darle prioridad absoluta a esto, y por otro lado tu hermana no me quiere mucho.

—No digas eso, Cora te quiere, a su manera.

Los dos rieron, Virginia sabía que era muy probable que Conrado se viera con alguna mujer, estaba al tanto de algunas infidelidades ocasionales, donde luego del reproche llegaban la calma y la reconciliación con algún viaje. A esta altura no le importaba mucho, su sueño de convertirse en primera dama la mantenía en foco.

—No me esperes despierto, besos, te quiero.

—Yo también, besos.

Estaba tratando de dejar todo en orden para poder marcharse cuando apareció Andrés Catami, su desagradable compañero de fórmula. No lo soportaba, era un moralista con cero carisma, pero habían sido las reglas, muchas de las personas que ayudaban a financiar la campaña lo querían cerca de él. Mientras que siguiera como una simple foto al lado de él no le molestaba, pero así y todo no tenía ganas de ponerse de charla en ese momento. Se levantó para saludarlo a la vez que lo invitaría a retirarse.

—Andrés querido, voy de salida, si es algo importante déjase lo agendado a mi secretaria y después lo vemos.

—Conrado, a veces pienso que me evitas a toda costa. ¿Tan mal te caigo?

Conrado se rio incómodo, trató de ser más cordial.

—No digas eso, somos compañeros de equipo y sé cuánto trabajás por ganar las elecciones, pero realmente estoy llegando tarde un compromiso.

—¿Algo sobre lo que tenga que estar al tanto?

—No, para nada, es personal.

Conrado ya estaba saliendo de la oficina, por suerte Osvaldo estaba ahí dispuesto a llevarlo rápidamente a su encuentro con Luisa.

—No te distraigo más entonces, mañana conversamos.

En cuanto salió, Andrés observó que su compañero de fórmula hablaba en voz baja con su chofer, a Catami no le gustaba ese tal Osvaldo, le parecía sospechoso, y Conrado era la persona más tramposa del mundo. Todos sabían en el partido que Subiri medía más que nadie y estaba cerca de convertirse en el presidente de la república, no estaba dispuesto a conformarse con el segundo lugar. Agarró su teléfono y llamó a quien debía.

—Está saliendo de las oficinas del congreso, me dijo que tiene algo personal de último momento, estoy seguro de que va a verse con su amante.

Del otro lado no respondieron, se limitaron a escuchar y cortaron la comunicación. Hacía un tiempo unas fotos comprometedoras de Conrado con una hermosa joven habían llegado a su correo electrónico pero se borraron automáticamente, en el mensaje le indicaban que si hacía todo lo que le indicaba y no perdía de vista a Conrado, él —y no su compañero de fórmula— sería el presidente. Desde entonces seguía a su rival (porque eso es lo que era) a sol y sombra, le brindaba a esta gente misteriosa todos los datos que podía sobre su vida y sus movimientos. Estaba ansioso por conocer a este grupo de gente, sabía —por confidencia— que era uno de los grandes aportantes de la campaña. Esa sonrisa que siempre traía López Subiri en su cara se borraría en cualquier momento.

FRANCISCO

Francisco estaba manejando en dirección a su departamento en el centro de la ciudad, había terminado una importante reunión, otra de las tantas que tenía en esos momentos. Su principal objetivo era convertir a Conrado López Subiri en presidente de la república, sabía que tenía las herramientas para hacerlo, el carisma de Conrado y su habilidad para llevarlo a lo más alto eran la ecuación que no podía fallar. Trató de comunicarse con Conrado, pero no contestaba su teléfono. En el semáforo agarró su celular y abrió su cuenta de Instagram. Sin prestar mucha atención pasaba las imágenes y vio una *selfie* que lo impactó, era Adela (para él Didi) preparándose para una sa-

lida con amigas, impactante, hermosa y famosa; no podía creer la cantidad de *likes* y de comentarios que tenía la fotografía. En todos los años sin permanecer en contacto directo le iban llegando noticias de la fama que iba alcanzando su novia de la adolescencia.

La separación entre ellos había sido demasiado traumática como para tener que ponerse en contacto otra vez. Habían sido los novios (y amigos) más felices en toda su adolescencia, tenían proyectos y mucho amor, pero Francisco coincidía con el padre de Adela: eso de ser bailarina y cantante no podía ir en serio, ¿de qué iba a vivir?, ¿con qué clase de gente se iba a juntar? Hasta que llegara la fama, ¿de qué iba a vivir? El año siguiente a que terminaran el instituto comenzaron los conflictos, él asistía a la universidad, estudiaba Ciencias Políticas, ella también, pero se salteaba clases. Se había anotado en Marketing —todos en su familia sabían que no le interesaba— y lo hacía solo para que su padre la dejara seguir tomando sus clases de baile, sacaba notas solo para aprobar. Los fines de semana trabajaba en una casa de comidas rápidas. Su padre le daba lo mínimo indispensable para que pudiera costearse los libros y el acceso a la facultad. La relación se fue tensando y a fin de ese año Adela había conseguido ahorrar para su pasaje a New York, y su madre y su hermana también habían logrado darle uno ahorros para poder vivir un tiempo. Francisco recordó que Didi estaba tan enojada con él que ni se había despedido. En ese momento la comunicación era más complicada. Estuvieron meses sin hablarse. Francisco había conseguido averiguar dónde se hospedaba y fue a visitarla, las cosas no resultaron, Adela ya era otra persona y no le perdonaba el haberle cortado las alas. Recordó sus últimas palabras cuando se reencontraron en algún bar allí por Brooklyn:

—Sos igual que mi papá, y se van a arrepentir. Me voy a convertir en la mejor artista de mis tiempos, la más rica y exitosa del mundo. Pudrite Francisco

El semáforo titiló la luz para avanzar y Francisco volvió a pensar en Conrado y las elecciones.

VIRGINIA

—Sofi, por favor abrí la puerta, que estoy arreglándome.

La joven hizo caso a su madre, con una mano sostenía su teléfono y a las mascotas de la casa y con la otra habría la gran reja para que entrara su tía Cora junto con su tío Daniel y sus primos. Le gustaban las reuniones familiares, aún más cuando estaba su papá. Sabía que las elecciones eran muy pronto y su padre tenía muchos asuntos que atender, soñaba con formar parte de su equipo de trabajo. Sofía era la mayor, su hermana Micaela, siempre rebelde y viviendo de fiesta, solo estaba interesada en la moda y las relaciones públicas. Era súper popular en la universidad, no solo por ser la hija del Senador López Subiri sino por su propio carisma. Las hermanas no tenían el mejor de los vínculos y su madre era quien más lo padecía.

—Virginia, bajá por favor que hoy no es una cena de protocolo.

—¡No seas así!

Las hermanas se dieron un abrazo, Cora y Virginia tenían una excelente relación. Últimamente se veían en algún almuerzo donde no estuviera Conrado, para Cora él era un mujeriego sin remedio y la política lo estaba transformando en un personaje que no era de su agrado.

—Vamos todos a la sala que Marta preparó una cena

espectacular —dijo Virginia.

Sofía charlaba con sus primos mientras Micaela no dejaba de tomarse fotografías, para luego subir a las redes. La sala era grande, una mesa rectangular puesta de modo impecable coronaba la casa digna de una revista de decoración.

—¿Nos podrás contar qué era eso tan importante que tenía que hacer tu marido que no tenía un rato para compartir con nosotros?

—Cora, Conrado es senador y candidato a presidente, debe estar con muchas obligaciones.

Daniel trató de hablarle a su mujer en un tono en el que entendiera que no debía decir nada más.

—Es así como lo dice tu marido, está muy ocupado en la recta final, acá con las chicas ya estamos acostumbradas, pero sabemos que son tiempos en donde debemos sumar.

—Sí, Micky opina lo mismo.

Cora rio cómplice con su sobrina. Sofía se mostró algo enojada, no le gustaba que su tía criticara a su padre, no si después iba a usar sus influencias para hacerse famosa en el colegio de sus hijos.

Siguieron la velada tranquila, aunque a Virginia cada vez le pesaba más que Conrado tuviera esas ausencias y que en el fondo su hermana tuviera razón.

CONRADO

Cuando Conrado entró en la habitación, Luisa estaba recostada jugueteando con el móvil, le había mandado una foto a su hermana desde la habitación. Dejó el aparato, se levantó y fue a abrazarlo ilusionada.

—Mi amor, ¡qué lindo verte! Por fin viniste, estaba muriendo de hambre y aburrimiento.

—Tuve unos compromisos de último momento, pero ya está, ahora a disfrutar.

Conrado y Luisa se besaron apasionadamente, él se sacó el saco y trató de quitarle la remera, pero ella lo sacó.

—Ahora no, quiero comer, tenemos que hablar.

—Ok.

A Conrado no le gustaba cuando Luisa le decía que no (a lo que fuera), reconoció que él también estaba algo hambriento. Ordenaron algo simple para comer, en realidad Luisa no estaba tan apetente, pero fue lo primero que se le ocurrió, todavía no sabía cómo iba a contarle a Conrado sobre el embarazo. Él no podía dejar el teléfono a un lado, ahora hablaba con Francisco, su jefe de campaña. Ella aprovechó para contestarle el mensaje a su hermana y contarle que estaba en el hotel de las cinco fuentes, en un día de spa. No quería mentirle, no encontraba otra opción por el momento.

—Conrado, por favor, tenemos que hablar, dejá ese teléfono y prestame atención.

—Estoy trabajando y sabés que estos momentos son cruciales.

El candidato abrió la puerta, Osvaldo había interceptado al servicio del hotel y les alcanzaba la comida. Cuando se daban esos encuentros, entraba por la cocina con anteojos oscuros y sin presencia de nadie. Era lo acordado con el gerente del hotel, quien recibía muchos beneficios a cambio.

—Lo sé, pero últimamente no tenés ni un segundo para mí, te aviso que tu familia sube muchas fotos a las redes y ahí andás paseándote con ellas o con alguien de la campaña.

—Luisa, este tipo de reproches, en este momento, no, vamos a comer por favor.

Conrado se sentó en la pequeña mesa que tenía la habitación, dispuesto a olvidar todo, se llevó una pieza de sushi a la boca y le hizo señas a Luisa para que dejara el drama y se sumara.

—No puedo comer eso, Conrado, estoy embarazada

El senador se quedó completamente inmóvil sosteniendo la pieza de salmón con los palillos, la escena le parecía ridícula e increíble a la vez, por supuesto que su primer pensamiento y el único que cabía en esta situación era que Luisa no tuviera a ese hijo. No solo era algo completamente inviable en ese momento de la campaña de su vida, sino que no estaba con ganas de tener un hijo. Alguna vez se acordó de que sería más adelante, ya que Luisa fantaseaba con la idea de tener un bebé y él quería consentirla para seguir disfrutando de la juventud del sexo y de lo divertido que le parecían estos encuentros. Más adelante podría, pero no estaba dispuesto ahora a romper el acuerdo que tenía con su mujer de llegar juntos a la presidencia, ni siquiera había sido electo presidente y soñaba con ser reelecto; otra vida si Luisa seguía acompañándolo, ahora ese hijo no podía ser.

—¿Te vas a quedar inmóvil sosteniendo los palillos y no vas a decir absolutamente nada?

—Amor, sé que debés tener mucho en tu cabeza, y no imagino tus emociones, pero la verdad, sabemos que lo mejor es que no sigas adelante con este embarazo. Puedo llevarte al mejor lugar y por supuesto hacerme cargo de todos los gastos que implique, atendida por los mejores profesionales, y si después necesitas algún tipo de ayuda psicológica yo lo voy a afrontar.

Conrado se levantó de la silla para acercarse y Luisa

se alejó, quería tratar de sonar lo más empático posible y contenerla en este momento.

—Estoy viendo tu peor cara, en un momento crucial de mi vida no te importa en lo más mínimo qué pueda estar sintiendo, las ganas que tengo o no de seguir con el embarazo. Cuán sabia fue mi hermana al advertirme que solamente estabas disfrutando de mí un rato, hasta que te aburrieras, porque estás acostumbrado a tener todo Conrado. Sos despreciable.

A Luisa le temblaba la voz, su ira la envolvía, lloraba sin poder creer lo que sucedía, había estado enamorada de una persona que no estaba dispuesta a tener nada más que eso: encuentros en hoteles de lujo, algún restaurante siempre en sectores vip donde no los vieran... no podían siquiera tomarse de la mano, un fin de semana de escapada a algún lugar costero alejado de todo el mundo. Así era el vínculo que Conrado quería mantener, quizás por años y con ello llevarse su tiempo de ilusiones y deseos. No estaba dispuesta.

—Lucy ahora no es el momento de tener un hijo, es mi última palabra, no quiero que sigas adelante con este embarazo.

—A mí no me importa lo que me digas, no podés imponer una orden sobre mi cuerpo, la que decide soy yo y voy a seguir adelante con este embarazo y cuando lo considere pertinente seguramente voy a revelar que el hijo que estoy esperando es tuyo, ¿qué vas a hacer?, ¿me vas a silenciar?, ¿o me vas a mandar a matar?

—Por favor, no seas ridícula, sabés perfectamente que te perjudicaría mucho hacer eso, tenés una carrera en ascenso y querés codearte con gente de la política. Si revelás tu verdad, vas a quedar completamente arruinada y nadie va a creer en vos.

En algún punto Luisa sabía que Conrado tenía razón, si ella le revelaba al mundo el origen de esa criatura podía pasarlo muy mal. Se puso los zapatos, agarró su abrigo y su cartera, estaba dispuesta a irse. El candidato trató de tomarla del brazo, ella se zafó y se dio vuelta.

—No te quiero ver cerca de mí nunca más, te odio, sos lo peor que me pasó.

Luisa salió del hotel hecha una furia, no le importó ningún tipo de código y salió por el lobby principal. Allí estaba Osvaldo que en ese momento había recibido un mensaje de Conrado para que siguiera a Luisa porque estaba muy inestable.

Conrado estaba en la habitación del hotel sin poder creer lo que había pasado, de imaginar una velada romántica, intensa y divertida —porque jamás había imaginado que el problema de Luisa iba a ser esa locura— a esa discusión. Sabía que podría convencerla, tentarla con algún fin de semana en alguna playa solitaria, un regalo costoso, pero no, el planteo era que estaba esperando un hijo de él y él estaba completamente convencido de que no había manera de seguir con el embarazo. En algún punto le daba miedo la reacción que podía tener la joven, esperaba que su custodio la convencida para llevarla a su casa y después lo pasara a buscar a él para terminar con esta noche de terror.

La joven se tropezaba por la calle de los nervios, llegó a mandarle un audio, una nota de voz a su hermana que decía: “Adi, tenías razón, el tipo del que estaba enamorada resultó ser un canalla, mostró su peor cara en un momento tan especial para mí. Mañana hacemos una videollamada y te cuento todos los detalles, pero Conrado López Subiri es el peor del mundo”.

En su estado, ya no le importaba revelar la identidad

de la persona con la que se había estado viendo todo este tiempo. No sabía —y no quería— protegerlo. Sintió que alguien se acercaba, se dio vuelta bruscamente y era Osvaldo.

—Señorita, por favor acompáñeme, déjeme que busque el auto y la llevo a su casa. Es de noche, no hay nadie en la calle, puede ser peligroso.

—Tu jefe es más peligroso, así que no. Gracias, en definitiva, son todos una porquería. Conrado quiere que me calme, quiere que me calme para poder manipularme y que tome decisiones que a él le convienen.

Osvaldo no quiso contradecir a Luisa porque la veía muy nerviosa.

—Voy a seguir caminando para despejarme y a pedir un taxi, chau.

Osvaldo vio como Luisa se alejó una cuadra y, en ese instante, alguien se bajó de una camioneta negra sin patente y arrastró a la joven, la metió dentro, arrancó a toda velocidad y dobló en la esquina. No había absolutamente nadie en la calle, era de madrugada. El guardaespaldas se levantó y fue corriendo a dar aviso a Conrado.

—Pero ¿cómo que se la llevaron?, ¿en una camioneta sin patente? Osvaldo, ¿qué mierda es lo que estás diciendo?

—Señor, pasó todo muy rápido, parecía que esa camioneta estaba esperando que la señorita saliera del hotel en algún momento, creo que es eso, la estaban siguiendo, probablemente a los dos.

Conrado caminaba dando vueltas por la habitación sin dar crédito a nada.

—¿Decís que esto tiene que ver conmigo?

—Puede ser, señor, no le robaron nada, la secuestraron, es raro.

Ahora sí, el senador estaba desesperado, tampoco po-

día hacer mucho. Darle aviso a la policía lo pondría en una situación compleja, podía esperar... quizás a que alguien se contactara con él pidiendo rescate. Estaba viviendo una pesadilla en el momento más importante de su vida.

—Desde acá no voy a poder resolver nada y me parece que no es lo mejor seguir en este hotel. Llévame a casa, por favor, necesito descansar. Estemos atentos por lo que pueda pasar en las próximas horas.

—Sí, señor, tengo la camioneta esperando en la puerta. Los dos se marcharon rumbo a la casa del senador.

LUISA

Luisa estaba dentro de la camioneta completamente aterrorizada. Un hombre manejaba, otro estaba delante de acompañante y el de atrás la sostenía a ella. Rápidamente le había puesto una mordaza en la boca y le había atado las manos. La joven lloraba desenfajada, en un día su vida había cambiado por completo: se había enterado de que estaba embarazada, la persona de la cual estaba totalmente enamorada la había desilusionado y dejado en el peor de las situaciones y ahora este espanto. Un grupo de hombres la secuestraba sin decir absolutamente nada, no paraba de llorar, la persona que tenía al lado trataba de hacerle señas para que se calmara, estaba descontrolada, como podía suplicaba que la soltaran, el hombre le aflojó la mordaza.

—Por favor no sé quién se piensan que soy, pero yo no hice absolutamente nada, estoy embarazada, por favor no me hagan daño, se los ruego.

El hombre que estaba a su lado parecía conmovido por lo que escuchaba y quien manejaba le hizo señas para que

le ponga la mordaza y la callara, y luego habló por teléfono.

—Jefe, ya está hecho, fue más fácil de lo que pensábamos, la encontramos en la calle.

—Perfecto, procedan como les dije, que sea algo limpio y rápido —ordenó una voz del otro lado del teléfono.

Luisa no tenía idea de con quién estaba hablando el hombre que manejaba, pero no le quedaban dudas de que eso tenía que ver con Conrado de alguna manera, algún enemigo, alguien de la política. No sabía, le parecía todo un cuento de película, pero definitivamente era una venganza contra él.

La camioneta siguió avanzando unos kilómetros más y paró cerca de la costanera, lograron bajarla y en ese momento con una maniobra Luisa le pegó a la persona que la estaba agarrando y logró correr unos metros. Vio la libertad cruzar por delante de sus ojos. En ese instante sintió dos disparos y cayó completamente desplomada y, con eso, sus sueños, su ilusión y su vida.

—Pero ¿cómo se te va a escapar? Casi se te escapa una chiquilla en vestido y zapatos. Mock, por favor, salí de mi vista.

—Calma, estoy tratando de hacer las cosas como ordenó el jefe.

Charles luego de dar los disparos les habló:

—En un rato va a amanecer, vamos a mover el cuerpo al río.

En ese momento, cuando iban a mover el cuerpo de Luisa, un perro que apareció cerca de ellos ladró, no parecía del lugar, se veía limpio y con collar; por ahí alguien estaba haciendo deporte o traía a su mascota a pasear, no había tiempo, la dejaron ahí tirada. Agarraron la camioneta y salieron rápidamente, lo mejor era no dejar rastros. Otra vez llamaron por teléfono.

—Tarea cumplida.

Del otro lado no contestaron, solo se limitaron a saborear el principio del fin.

BART

Tantos años de pensar y de imaginar cómo iba a ser la venganza, por fin su plan maestro ya se estaba poniendo en marcha. Supo esperar, desde las sombras siguió la vida de Conrado López Subiri. Iba a pagar por haberlo dejado sin lo que más amaba, por haberlo traicionado. Conrado lo sumergió en la ruina. Ahora la ruina iba a ser para él.

ADI

Adi daba vueltas en la cama, no podía dormirse. Bajó a tomar un poco de agua y vio que había dejado su teléfono en la cocina. Estaba por amanecer. Agarró el móvil y escuchó el mensaje de su hermana en shock, trató de llamarla varias veces y el teléfono no contestaba. Finalmente colgó, no quería llamar a su madre, tenían muy poco vínculo y no era necesario, seguramente su hermana estaba en uno de esos berrinches y se le pasaría. Se quedó mirando fijo la extensa mesada, allí estaban los papeles de divorcio, ella también tenía noticias.

BART

—Jefe, tratamos de hacerlo lo más limpio y rápido posible, la camioneta no llevaba patente y donde la dejamos

no había una sola cámara, todos encapuchados; es imposible que reconozcan a alguien.

—Sí, puede ser, aún así tenemos que ser rápidos. Mock y Baldu tienen que desaparecer ya, no los necesitamos; a vos, Charles, no puedo darte salida, te necesito para todo lo que se viene, estoy junto con Marie.

Charles era uno de los hombres en los que Bartolomeo confiaba, su equipo de confianza junto con Marie, gente que le servía hacía años, la mayoría de su fortuna provenía de negocios lícitos. Bart (como todos lo llamaban) era un empresario millonario de la industria farmacéutica, vivía en París, estaba divorciado y no tenía hijos. Su objetivo desde joven había sido arruinarle la vida a Conrado, siempre pensó que los hijos podían ser un obstáculo que lo retirara del juego. No todo en su vida fueron millones y París, estuvo en la ruina y al borde del suicidio. El responsable de su dolor y su angustia fue Conrado y su traición. Mandar a ejecutar a esa chiquilla era simplemente una parte de su plan para destruir al político, al que no le iban a quedar ganas de traicionar a nadie más.

CLARA

La detective Clara Rosatti recibió una llamada a su teléfono, era temprano en la mañana... o eso creía.

—Clara, te necesito, estoy en la rivera, encontramos un cuerpo.

—Ok.

El que la había llamado era su superior, el comisario Garri. Salió eyectada de la cama, estaba de licencia por una lesión que le produjo una herida de bala en un enfrentamiento, nada grave, pero su médico y la psicóloga

de la fuerza insistían en que debía tomar un tiempo más de descanso. Si su jefe la llamaba era por algo importante. Se cambió rápidamente, se lavó la cara con agua bien fría, acarició a su gato y salió.

Llegó a la escena del crimen a toda velocidad, el dolor en el brazo le molestaban para manejar la moto, pero nada que un calmante no pudiera solucionar. De lejos vio a Garri, a Salvador Ramírez y a la gente de científica.

—Clara te llamé porque quiero que estés presente y tomes la investigación, sé que estás con la baja...

—No, no, por supuesto que puedo hacerme cargo, iba a recibir el alta en unos días, así que para mí es lo mismo, decime qué tenemos.

Clara miraba el cuerpo de Luisa sin vida y, después de tantos años, no podía entender cómo en el mundo había gente tan despreciable. Antes que nada, se acercó al testigo que estaba con Salvador.

—Esta persona estaba corriendo junto con su perro, la mascota se adelantó y lo alertó con sus ladridos, vio de lejos personas corriendo, luego subirse a una camioneta que al parecer no tenía patente, vio a la víctima en este estado y lo primero que hizo fue llamar a la policía.

—Muy bien señor, actuó de modo responsable, ¿alguna otra información que pueda darnos al respecto?

—No, yo estaba lejos, sentí los ladrillos de mi perro y me adelanté un poco más rápido. Estas personas ya se estaban metiendo en la camioneta y se estaban yendo. La camioneta, como le dije a su compañero, era negra, parecía lujosa pero no tenía patente. Las personas estaban con pasamontañas o con algo que les cubría la cara, imposible reconocerlos.

—¿Y los disparos?

—Nada, deben haber usado algún silenciador porque no

escuché nada, evidentemente mi mascota sí escuchó algo.

Clara miró a Ramírez, la gente veía tantos policiales que ya sabía sobre silenciadores y demás.

—Muchas gracias por la colaboración prestada, tenemos su número por cualquier cosa.

—A las órdenes, oficial.

Clara y Salvador se acercaron a Garri que les estaba hablando:

—Según lo indica su documento se llama Luisa Robledo.

—Muy extraño que haya terminado acá —dijo Clara—, con ver lo bien vestida que está y lo que vale esa cartera, posiblemente sea una cita que terminó mal.

—¿Cómo sabés que la cartera es costosa?

—Garri, que me veas vestida informal todo el tiempo no implica que no sepa lo que salen los accesorios de moda. Es una cartera de diseño, varios miles de dólares.

En ese momento Clara se puso los guantes y tomó el teléfono que estaba en el piso.

—Teléfono móvil último modelo, todo este lujo y no le robaron nada.

Clara se acercó a Luisa, tomó su pulgar y logró desbloquear el móvil.

—¿Qué hacés? —le dijo Garri en tono de reto. Salvador miraba algo sorprendido.

—Si fue una cita o alguien que conocía a la víctima, la información está acá y algo importante es darle aviso a la familia.

Garri revoleó los ojos, estaba acostumbrado a que Clara hiciera las cosas a su manera, pero no podía quejarse, era la mejor y obtenía los mejores resultados.

Clara se alejó unos pasos, empezaba a sentir los efectos de estar en ayunas una mañana fresca, cerca del río el viento era algo molesto. Del otro lado de la línea

alguien respondió.

—Hija, ¿dónde estás?, ¿pasó algo?

—Señora, soy la detective Clara Rosatti, tenemos que hablar.

ADI

Adi estaba reunida con su secretaria personal, Leti, una mujer increíble que en todos estos años se había transformado en una gran consejera y asistente, la acompañaba a todas sus giras y eventos. Si era necesario, también la asesoraba con el vestuario y el peinado; Leti era su familia. Se habían conocido años atrás a través de Trevor, fue amor a primera vista, discutían, pero esa era la base del éxito, ser sinceras en todo.

—Hola Let, pasá, perdón por hacerte venir a casa, pero no me apetecía salir.

—Tranquila cariño, solo tuve que atravesar toda la ciudad para venir a verte.

Ambas rieron, Leti contorneaba su cuerpo al mismo tiempo que sus trenzas, fueron al escritorio. La casa de Adi era muy grande, con muchos ambientes, se destacaban el gimnasio, un estudio de baile y una cancha externa de básquet. Cuando Adela y Trevor comenzaron su romance fueron una gran sensación para los medios del mundo: la artista desconocida en ascenso y el joven basquetbolista. Los tabloides los amaban al mismo tiempo que los hostigaban, era muy complicado vivir con el asedio de la prensa, ahora afrontaba los rumores de divorcio.

—Adi, chica, te prohibí que compraras esas revistas de porquería, tú sabes bien que eso es pura porquería.

—Me la trajo mi estilista, nos causó un poco de gracia la cantidad de photoshop, creo que todavía no lo necesito.

Leti dejó el café que había comprado de camino y miró por arriba la revista, haciendo gestos de desaprobación.

—Claro que no y, en todo caso, la medida justa la ponemos nosotras.

Ambas rieron.

—Por favor, deja de hacerle caso a esos rumores, sé que las cosas con TJ (así le decían) no están bien, pero también sé que está intentando cambiar.

—Dejá de defenderlo, Leti. Tengo los papeles del divorcio, en cualquier momento los firmo y los presento en la corte.

—Te estás apresurando.

Adi se levantó, fue a la cocina por un vaso de agua y de paso les abrió la puerta a sus mascotas.

—Yo creo que después de todo lo que pasé, no me estoy apresurando, le di a Trevor todas las oportunidades del mundo, estoy agotada de ser la única madura en este vínculo.

—*Ok, I know that*, pero creo que quizás, no sé, una terapia en pareja les vendría bien. Se conocieron jóvenes en pleno ascenso de sus carreras, llevando una vida de lujos y tentaciones que marean a cualquiera; él y su familia te adoran.

—Su familia es lo más sagrado para mí, ellos y el amor de mi hermana siempre me han mantenido a flote.

Leti puso sus ojos en tono de reproche.

—¡Y tú también! Es más, vamos a fijarnos pasajes para escaparnos unos días al mediterráneo, me gustaría invitar a Kate y a Lena.

Iban a disponerse a preparar todo para armar el viaje y el celular de Adi comenzó a sonar. Era su madre, algo

insólito, con suerte hablaban solo para días festivos y con las magias de los audios, ya ni eso. No le podía perdonar haberse puesto del lado de su padre cuando le prohibieron seguir con su carrera de artista. Si bien le había dado unos ahorros para viajar, una sola vez había viajado a verla. Su madre se enteraba todo por Luisa que sí iba a verla muy seguido, en la casa había un dormitorio para ella. Se adoraban con Trevor, eran amigos, se hablaban seguido. Su madre no había ido al casamiento y eso no se lo perdonó jamás. Del lado de la novia solo estaba Luisa y familia lejana que solo iba porque tenían los pasajes pagos. Adi se prometió desde ese día borrar por completo a su familia y tener contacto mínimo y necesario. Leti vio la cara de disgusto de Adela, la conocía demasiado.

—¿Qué necesitás?, estoy ocupada.

—Adela, tenemos que hablar, es, grave por favor.

El tono de voz entrecortado y angustiante que llevaba su madre no indicaba nada bueno, además odiaba que la llamase así.

—Estoy en una reunión muy importante (lo era de alguna forma), así que te pido que seas breve.

—Tenés que volver cuanto antes, es tu hermana —el que hablaba ahora era su padre.

—¿Qué paso con Luisa?, decime ya.

—Nos llamaron de la policía... tu hermana está muerta, la asesinaron.

Adi se quedó con el móvil en la mano mirando su biblioteca, todo comenzaba a perder sentido. Tenía que ser una broma, nada feo debía de pasarle a su pequeña. ¿Qué monstruo podía ser capaz de algo así?

—Reservo el primer vuelo y viaje, no hagan nada sin mí, por favor, quiero despedirme.

En las condiciones en las que pudo, logró contarle lo

que pasó a Leti para que la ayudara a sacar un vuelo. Comenzó a armar la valija sin prestar atención a nada, vio que tenía un mensaje de Trevor, pero no quiso contestar. Le avisaría de todo cuando estuviera en el aeropuerto.

CONRADO

El senador no había pegado un ojo, su mujer le reclamó durante la noche que dejara de dar vueltas, así que optó por ir al escritorio. Estaba preparándose un café en la mañana (su empleada tomaba el día libre) cuando sonó el teléfono, era Osvaldo.

—Por Dios, decime que hay buenas noticias y Luisa está bien.

—Señor... por mis contactos en la policía pude averiguar que encontraron un cuerpo cerca del río, por la descripción coincide perfectamente con la joven.

Conrado tiró la taza de café, un estallido —en todos los sentidos— se apoderó de él.

—Necesito que vayas a la morgue y lo compruebes, voy a hablar con el gerente del hotel para que borre las cámaras de seguridad, nadie puede situarme ahí.

—Igualmente quédese tranquilo, siempre salimos por detrás, en la cocina no hay cámaras y en la zona vip tampoco.

Conrado sabía que era verdad, aun así, todo le daba miedo, que lo relacionaran con Luisa esa noche sería un golpe muy duro en el camino hacia la presidencia.

—Ocupate de eso y después me pasas a buscar, tenemos que hablar con Francisco y ver qué hacemos.

El senador cortó la comunicación, en ese momento entraron su mujer y una de sus hijas para desayunar.

—Papá, ¡tan desastre sos que no podés prepararte un

café sin romper todo!

—¡Me descubriste!

Todos sonrieron, Virginia notó a su marido tenso, pero lo atribuyó a algún tema de la campaña.

—Sofi, vayan con papá a la sala que yo llevo el desayuno para todos.

FRANCISCO

Francisco estaba descansando —por así decirlo—, había tenido una noche algo ajetreada, entre reuniones de campaña y tragos con una joven que había conocido recientemente, nada serio aún. Su vida —en ese momento— no le permitía un compromiso estable, y tampoco estaba interesado. Estaba por darse una ducha cuando su teléfono comenzó a sonar.

—Fran, decime que estás en tu casa.

—Acá estoy.

—Por favor, no te muevas, vamos con Osvaldo para allá. Tenemos que hablar, es urgente y no puede ser ni en mi casa ni en las oficinas del partido.

Francisco empezaba a inquietarse.

—¿Podés adelantarme algo?

—Nada por acá, en unos minutos estamos.

Francisco se dispuso a tomar una ducha rápida y esperar el caos, estaba acostumbrado a apagar incendios de la gente con la que trabajaba, pero lo agotaba que fuera en sus momentos libres.

ADI

Adi tuvo que pagar una gran suma de dinero para tomar un vuelo privado, no había manera de conseguir pasajes en aerolíneas comerciales y por otro lado le pareció lo mejor, mantendría a la prensa alejada bastante tiempo. Antes de tomar el vuelo, le dio indicaciones a Leti para que cuide la casa y a sus mascotas, no quería hablar con Trevor, así que optó por un breve audio: “Hola, estoy tomando un vuelo para regresar a casa, algo pasó con Luisa, es grave, pedile más detalles a Leti”. Sabía que su mensaje era distante, pero no quería saber nada con su ex, la había lastimado demasiado y, si bien él adoraba a su hermana, la que la iba a pasar peor era ella. Se hubiera portado mejor y dejado todos los excesos y la juerga en su momento.

Al arribar, el piloto tomó coraje y le pidió una foto.

—¡Oh! Por favor, claro que sí, pero no reveles donde estoy, que sea un secreto.

—Por supuesto, para mí es un honor que haya elegido este equipo para volar con nosotros, señorita, y de ningún modo podemos filtrar información. Lo que no puedo prometerle es que una vez que esté acá y baje por esas escaleras alguien revele su identidad.

—Es parte del juego.

Adi se colocó unas gafas negras y una gorra, su cabello extenso y con volumen la cubría desde los costados, usaba ropa deportiva, toda de negro. Una camioneta estacionada en la pista tenía las órdenes de llevarla a la casa de su familia. Comenzaba la pesadilla.

CLARA

Clara estaba en la morgue, tratando de conseguir más información. Sabía que la familia ya había reconocido el cuerpo y estaba en camino a entrevistarse con ella y con Garri.

—¿Algo más que puedas decirme?

Su familia estuvo hace unos minutos y reconoció el cuerpo, pero no quise darle ningún tipo de información sin ustedes.

—Hiciste bien.

El forense terminó de escribir algo en su computadora y se juntó con Clara.

—Los impactos de bala la fulminaron, murió en el lugar donde estaba, se ve que trataron de mover el cuerpo, pero quedó ahí. No hay señales de violencia sexual, pudimos recolectar ADN de sus uñas, pero no hay muestras de lucha en su cuerpo. De los últimos resultados que me acaban de llegar pudimos comprobar que la víctima cursaba un embarazo de unas ocho semanas aproximadamente.

Clara se quedó impactada, no porque no estuviera acostumbrada a esa situación, sino porque Luisa le generaba algo, no sabía qué. De pronto el lugar se volvió más frío de lo habitual.

—Todo está en el informe, ahora lo mando por correo electrónico.

—Perfecto, muchas gracias.

Clara se subió a la moto y fue directo a la comisaría a hablar con la familia de Luisa.

FRANCISCO

Conrado se anunció y lo autorizaron a subir al departamento de Francisco, una torre algo exclusiva en el centro de la ciudad. Subía por el ascensor con Osvaldo cuando recibió un mensaje de su mujer por alguna cuestión sin sentido, a la que contestó con un automático “ok”. Francisco les abrió la puerta.

—Me tenés preocupado Conrado, se puede saber qué está pasando.

Conrado se sentó en uno de los sillones, Osvaldo permaneció de pie, cerca de la puerta.

—Tenemos, bah tengo, un gran problema y necesitamos estar preparados por lo que pueda llegar a pasar.

Francisco tomó asiento cerca de él.

—Te escucho.

—Bueno, sabés que tengo debilidad por las mujeres jóvenes y que cada tanto salgo con alguna, nada serio, cosas del momento.

Francisco lo sabía bien y era algo que le molestaba, no por una cuestión moral, pero la imagen de un candidato con amantes no era algo que le encantara a la sociedad, más si terminaba en escándalo.

—Entiendo, y ¿qué pasa con eso?

—Desde hace tiempo estuve manteniendo una relación con una joven, se transformó en algo serio. Nos conocimos en un evento en el que empecé a juntar fondos para la campaña, realmente me cautivó su frescura, sin decir que su cuerpo era de otro planeta... en fin sabía que en algún momento debía cortar el vínculo porque empezaron las presiones por mi separación.

—En este momento sería una locura.

El senador miró a Francisco irritado, porque su comen-

tario fue obvio.

—Dejame terminar el relato, por favor. Como te decía, sabía que tenía que hacer el corte, pero no encontraba el momento, o quería seguir un tiempo más... ni yo lo sé a estas alturas. Luisa se comunicó conmigo y me dijo que tenía que decirme algo importante, pensé que era una chiquilinada, pero tenía ganas de verla. La cité en el Hotel de Las Cinco Fuentes, tengo acceso VIP y fue nuestro lugar de encuentro durante casi un año.

Francisco mordía sus labios, no quería que el senador dijera nada más porque todo lo que vendría sería peor, se puso tan nervioso que fue a la cocina por agua y le trajo un vaso a Conrado. Osvaldo sin moverse negó con un gesto de su mano.

—Para resumir, Luisa me contó que estaba embarazada.

Francisco se atragantó con el agua sin saber que lo peor estaba por venir.

—Sí, sé lo que pensás, tomamos precauciones, pero esto es nada a lo que sigue. Discutimos porque obviamente me opuse rotundamente a la idea de seguir con el mismo. Luisa entró en un estado de nervios y llanto imparable y se largó del hotel. La mandé a seguir con Osvaldo, pero en medio de una discusión Luisa se alejó y la secuestraron.

—¿Me estás cargando?, ¿qué clase de chiste macabro es este?

Francisco se puso de pie, también Conrado, los dos sabían que esto podía ser el fin de su carrera política. Osvaldo se acercó para intervenir en la charla.

—Se la llevó una camioneta negra sin patente, hombres encapuchados. Averigüé con mis contactos de la policía y una chica con las características similares a las de la joven apareció muerta hoy a la madrugada. Un llamado de una persona que hacía ejercicio por el lugar los alertó.

—Bueno, pero puede no ser ella, una maldita casualidad y ya.

Francisco no sabía qué decir. Además, no escuchaba ese nombre hacía años, le recordó otra situación y un hilo de nostalgia se apoderó de él.

—No quise interrumpir, pero me acaba de llegar una foto desde la morgue; es ella.

Oswaldo acercó su móvil al Senador y a Francisco. Conrado se desplomó en el sillón; Francisco tardó unos segundos en reaccionar y, cuando su cerebro terminó con las reacciones, fue directo al baño a vomitar. Conrado y Oswaldo se extrañaron al ver la respuesta, era triste pero la imagen solo mostraba la cara fallecida de una joven.

—Francisco, ¿estás bien?, por favor, que tenemos que ver cómo hacemos con esta mierda.

—Yo... yo conozco a esa chica, es Luisa Robledo.

—Sí, ese es su apellido.

Ahora el sorprendido era Conrado.

—Fue como mi familia durante años. Su hermana, Adela, Didi... fue novia mía durante toda nuestra etapa escolar. Nos separamos tiempo después de finalizado el instituto y hasta hace unos años tuvimos algún contacto por redes. Recuerdo que Luisa estudiaba Ciencias Políticas y me había pedido consejo en su oportunidad. Dios mío, Conrado, esto es un desastre, cuando se entere su familia.

—No puedo creer esta casualidad, quizás nos ayuda. Si algo se filtra, tal vez podamos controlar a la familia, yo no le hice nada.

Francisco quería golpear a Conrado, haciéndose el inocente. Puede que no la haya matado, pero en parte era responsable. Pensó en Adi.

—Por favor, te pido que respetemos a esa familia, que

para mí es importante. Te aclaro además que su familia es gente de bien y con recursos, no van a dejar embau-carse y van a ir hasta el final. Otro tema: sí, esto está di-rectamente relacionado con vos. Secuestran a esta chica desde una camioneta sin patente, no piden rescate y la matan. Puede ser que no llegaron a extorsionarte y algo salió mal, o pudo haber pasado otra cosa, pero Conrado no me niegues que este regalito era para vos.

Conrado notaba lo molesto que estaba su asesor estrella.

—Sí, con Osvaldo lo pensamos, imaginé que era alguien que quería plata, pero luego pasó esto, en algún momen-to van a conectar conmigo lo sé.

—Creo que lo mejor es que te presentes voluntaria-mente en comisaría, no tenés nada que ocultar y fuiste la última persona que estuvo con ella. Si hay cámaras en el hotel...

—Me niego, yo no tuve nada que ver con lo que pasó. Siempre fui cauteloso, no hay cámaras por donde yo en-traba y en el pasillo VIP tampoco, no pueden relacionar-me de primera mano con esto. Te lo conté simplemente para que lo sepas y estemos alerta.

Francisco no estaba de acuerdo, pero tampoco tenía cabeza para pensar.

—Bueno, te recomiendo que por ahora sigas con tu vida lo más normal que puedas, volvé a tu casa, hace al-gún programa con tu familia, alguna buena foto de cam-paña y estamos en contacto. Voy a averiguar dónde hacen el servicio de despedida para presentar mis respetos.

Conrado asintió y se marchó con Osvaldo.

Francisco cerró la puerta y se sentó en el sillón. Miles de imágenes recorrieron su cabeza: los primeros encuen-tros con Adi, Luisa más pequeña molestándolos siempre. Divertidos, compañeros. Esto era un desastre y, por pri-

mera vez, limpiar la mugre de Conrado le traería consecuencias personales muy negativas.

ADI

El chofer estacionó en la casa de la familia de Adi, típica construcción de casa de dos plantas con en ladrillo a la vista situada en los suburbios. Ese hogar le traía recuerdos cálidos de su infancia y su adolescencia. Bajó de la camioneta su valija de LV. Su madre oyó ruidos y salió a recibirla. Adi no sabía bien qué hacer o decir. Bingo, la mascota de su familia, salió a recibirla, sin conocerla pareció percibir que eran familia, no paraba de mover su cola, fue amor a primera vista. Adi cruzó por la reja y su madre la abrazó fuertemente.

—Hija.

Adi correspondió el abrazo, sentía la tristeza y las lágrimas de su madre, no quería derrumbarse frente a ellos. Ambas entraron. Su padre la esperaba sentado en la sala, su madre se sentó junto a él.

—Adi, estamos destruidos, es todo espantoso.

—No entiendo que es lo que pasó.

Su Padre intervino con voz grave:

—Nosotros tampoco. Recibimos una llamada de una agente de policía, comunicándonos que Adi estaba muerta, que teníamos que ir a la morgue a identificarla. Volvimos hace un rato. Cuando la policía termine con todas las cuestiones burocráticas para seguir con la investigación, podremos enterrarla.

—Mi chiquita...

Susana rompió en llanto, Alfredo la consolaba. Bingo se quedó cerca de Adi que en silencio agradeció el gesto del

can y no dejaba de acariciar su cabeza.

—¿Hablaron con la policía?, ¿se sabe algo? Tenemos que reclamar justicia, y encontrar a ese cabrón, no podemos quedarnos de brazos cruzados

—Estamos de acuerdo, no vamos a dejar que esta barbaridad quede impune. Te estábamos esperando para que pudieras entrar en casa y dejar tus cosas.

Su padre se puso de pie.

—Como saben, vine directo del aeropuerto, no reservé un hotel así que, si es posible me gustaría darme una ducha, tomar un café y despejarme unos minutos antes de ir a la comisaría.

Su madre se levantó del sillón y fue directamente hacia ella.

—Hija, esta es tu casa, tenés tu dormitorio esperándote. Cuando supe que venías acomodé todo, te preparé tu cama y despejé el ropero para que pudieras guardar lo que trajeras. No voy a permitir que te vayas a un hotel, tenemos que estar unidos en todo sentido.

Adi asintió, no sabía si era la mejor idea, pero por un instante sintió que ese era su lugar, que la unión es fuerza y se necesitaban los tres. Subió por las escaleras, mirando los retratos que había en la pared: hermosos recuerdos. Una foto feliz en la que sonreía con su hermana un verano en la costa la hizo volver al dolor. Se dio cuenta de que su padre subía por detrás con su valija de lujo y se la dejó en la que fue, durante tantos años, su habitación. Se acercó con ganas de hablarle.

—Adela, sé que durante este tiempo no hemos tenido casi vínculo, pero quiero dejarte en claro que vos y tu hermana son lo más importante para mí.

Vaya su manera de expresarlo, pensó Adi.

—Te pido que, por su memoria y por la tranquilidad de

tu madre, te quedes con nosotros y nos unamos.

—Sí, claro, no me voy a mover de este lugar hasta que sepamos quién le hizo esto a Luisa y lo encerremos de por vida.

Su padre asintió con un gesto y se quedó mirándola. Adi se mordió los labios para no llorar, se excusó y fue directo a la ducha.

Susana estaba abajo mirando su teléfono sin prestar atención cuando vio una nota en un portal que decía: “Misterioso viaje de la artista Adi Taylor, rumores de divorcio”. Ella sabía que su hija había adoptado su apellido de soltera, todavía le sorprendía que fuera tan famosa, acá en su país no era tan famosa, pero sí lo bastante como para inquietar a la prensa si estaba de regreso por algo. Le preocupaba lo que había leído sobre su divorcio, se sentía culpable por no haber ido a la boda y apoyarla tan poco. Dejó su teléfono y fue a la cocina por un té.

CLARA

Clara estaba sentada en su escritorio, no daba crédito al correo que acababa de recibir, eran fotos del Senador Conrado López Subiri y Luisa en diferentes oportunidades, todas en restaurantes de lujo, sonriendo, pasando un gran rato. Nada de malo en eso. Las últimas fotos la mostraban a Luisa entrando al hotel de las Cinco Fuentes y saliendo más tarde, otra persona la seguía de cerca. Clara debía investigar quién era ese hombre. La dirección era anónima y el correo decía: “El Senador era amante de Luisa, hagan justicia”. Clara llamó enseguida a su asistente para que se pusiera a trabajar.

—Salvador, te pido por favor que hables con la gente de

científica, hay que chequear que estas fotos sean reales y de dónde vino este correo.

—Enseguida.

En ese momento el comisario Garri se asomó para hablarle:

—Clara, vení a mi despacho que está la familia de Luisa. Clara salió al encuentro, quizás la familia de esta chica podría darles algún tipo de pista que aclarara la situación.

Entró y, como siempre, las emociones de la familia traspasaban cualquier muro, lo que no tenía idea era que Luisa era familiar de esa artista famosa, ahora se le había olvidado su nombre, sus sobrinas más jóvenes eran fanáticas de ella, era algo con A...

—Sí, pasá Clara. Les presento a la detective Rosatti, ella está al frente de la investigación, es una de las mejores.

Clara les extendió la mano a los tres y se sentó cerca de su jefe.

—Antes que nada, quiero decirles que siento mucho lo que pasó y que vamos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para encontrar a la persona que hizo esto.

—Queremos que agarren ya al monstruo que hizo esto a mi hermana.

El padre de Adi la fulminó con la mirada. En ese momento Clara se dio cuenta de que la hermana de la Luisa —artista famosa que seguro tenía un nombre con A— no se quedaba callada.

Alfredo se volvió para hablarle a Garri:

—Nuestra hija era una chica joven, sana, con ganas de vivir. Estaba terminando su maestría, tenía un trabajo respetable, no podemos entender cómo terminó en una situación así.

Clara tenía que darles una noticia y además corroborar cierta información. Antes le hizo señas a Garri para que

trajera agua, la iban a necesitar.

—Sé que estuvieron en la morgue, y que no les dieron información. Del estudio de su cuerpo y demás análisis podemos confirmar que Luisa no sufrió ningún tipo de violencia sexual.

Adi respiró aliviada, en realidad todos parecían más calmos dentro del horror.

—La verdad, no sé cómo decirles esto, pero su hija cursaba un embarazo de ocho semanas...

Susana se llevó las manos a la boca y comenzó a llorar. Alfredo trataba de calmarla y de pronto Adi entendió todo, por eso fueron los mensajes descontrolados y las llamadas. No era un capricho lo de Luisa, era un futuro bebé. Se le heló la sangre, entonces... el padre sería...

—La verdad, cualquier dato que puedan darnos sobre la pareja de Luisa, todo es importante en este momento. Estamos chequeando información que sitúa a Luisa en el hotel de las Cinco Fuentes, pero provino de un anónimo y muchas veces suele ser mentira. Y tengo que decirlo, en cuanto esto se filtre en la prensa, teniendo en cuenta tu notoriedad, puede ser un desastre de información falta.

Adi estaba procesando todo lo que ella sabía, entendió que Clara la había reconocido, como varios en la comisaría, de nada sirvió la ropa de camuflaje. Era momento de hablar. Garri le alcanzó el agua a Susana que estaba histérica.

—Ahora que mencionás todo eso, mi hermana me llamó y me dejó un mensaje, está todo en mi teléfono. Tenía una noticia importante que darme y creo que era esto, pero hay mucho más.

Susana y Alfredo estaban sorprendidos, parecía que Adela tenía mucha más información que ellos. Sabían que sus hijas mantenían excelente vínculo, pero no que

hablaban tan seguido. Adi se acercó a Clara y miraron juntas el móvil, las fotos de Luisa efectivamente eran en un hotel, los mensajes sobre la noticia importante y lo que dejó a todos (incluido Garri que no supo cómo reaccionar) estupefactos fue la reproducción del audio que dejaba totalmente expuesto al senador y confirmaba que el correo que le habían mandado a Clara era cierto. En ese momento Salvador le hizo señas para que saliera.

—Detective, los primeros informes de los expertos indican que las fotos están trucadas; respecto de la dirección de correo, imposible de identificar de dónde viene. Esta gente es muy profesional y con buena tecnología.

—Gracias, necesito que también averigüemos si la persona que sale en las fotos con Luisa tiene algo que ver con el senador, después nos juntamos, tengo que seguir hablando con la familia.

Clara volvió a la reunión. Sabía que toda esta información era muy sensible y que seguramente Garri iba a querer sacar tajada.

—Bueno, efectivamente la información que recibimos es correcta y confirma el mensaje de Luisa; ella y el senador se conocían. Todavía es muy rápido saber si él es el padre, tendremos que solicitar voluntariamente un ADN y hacerle preguntas.

Adi estaba de pie fuera de sí.

—¿Cómo es eso de “voluntariamente”? que obliguen a ese chanta, él es el padre del hijo que esperaba Luisa. Hace más de un año que mi hermana estaba manteniendo una relación con alguien, no quiso decirme quién era porque lo comprometía, era un hombre casado y con poder. Ella sabía que no la apoyaba en eso. No me equivoqué, acá está la prueba. Un respetable senador siendo infiel y quién sabe, quizás un asesino.

Clara notó que Garri estaba descontrolado, a punto de agarrar el teléfono, seguro que para dar aviso de todo esto. Ella le hizo señas y trató de calmar a Adela.

—Por favor, te pido que te calmes, soy muy buena en mi trabajo y no me importa quién esté del otro lado. Por lo que a mí respecta, pueden estar tranquilos, ya mismo vamos a llamar al senador para que se presente en comisaría y exponerle los hechos, pero les pido por favor que nos dejen hacer nuestro trabajo. Vamos a tratar de que no se filtre nada en la prensa.

Se levantaron los tres. Adi sabía que sus padres la iban a llenar de preguntas, en eso vio que tenía llamadas y mensajes de Leti, Trevor y algunos medios. Saludaron a Garri con la mano y cuando se iban Clara se acercó a Adela.

—Voy a dar todo y, si fue ese tipo, lo voy a perseguir hasta el fin. Perdón que te lo diga en este contexto, mis sobrinas adoran tus shows y sé que tu nombre empieza con A.

—Soy Adi, mi verdadero nombre es Adela Robledo, como Luisa, pero en el mundo me conocen como Adi Taylor, apellido de mi madre.

—Eso, Adi, perdón la intromisión, lamento las circunstancias por las que estás acá. Te dejo esta tarjeta con mi móvil, cualquier cosa me podés llamar.

—Gracias y por favor encontrá a ese hijo de la mierda. Cuando hagamos justicia, en honor a mi hermana, nos vamos a celebrar con tus sobrinas.

Las dos estrecharon sus manos, le gustó ese pacto entre mujeres fuertes que iban a por todo.

BART

Bartolomeo seguía paso a paso lo que sucedía, había alquilado una estancia en las afueras de la ciudad, cerca del lugar donde había crecido. Su personal se encargaba de todo, la gente que vino con él desde Francia y los locales que habían contratado, además tenía contactos en todos lados. Sabía que en este momento estaban trabajando sobre la información que él les había facilitado y que la familia ya estaba al tanto de que Conrado podría estar involucrado. Lo sorprendió el embarazo de la amante, una grata sorpresa para él, todo sería más caótico. Ahora venía lo mejor: filtrar la información en la prensa y dentro del partido.

CONRADO

Conrado había hecho caso a Francisco, se expuso en un lugar público con su mujer y sus hijas, se sacó fotos con algunos ciudadanos y trató de mostrarse lo más amable posible. Ya de vuelta estaba compartiendo una película con su mujer que se dio cuenta de que algo pasaba.

—Estás raro desde hace unos días, ¿qué pasa?

Si supieras, pensó Conrado.

—Nada amor, estoy muy complicado con la recta final de la campaña, hay muchas chances de ganar y se viene la parte más difícil.

—Seguro, ¿es solo eso? No sé, siento que algo más te tiene mal, nunca te estresó tanto la política.

—Nunca estuve tan cerca de ser presidente de la república.

—Cierto.

Siguieron mirando la película, y sonó el timbre. Por las dudas, Conrado fue directo a abrir, no quería más sorpresas. No había nadie. Bajó la mirada y vio que un sobre de papel madera sin remitente estaba en la vereda pegado a la reja, se acercó y lo tomó. Sabiendo todo lo que estaba pasando, se encerró en su escritorio para abrirlo. Tomó un cortapapeles, adentro había una nota con recortes de revista pegados que decía: “te voy a dejar sin nada, ojo por ojo”. A Conrado le corrió un frío intenso por la frente, no tenía idea de dónde venía, pero tenía que estar relacionado con la muerte de Luisa y con él. Se plantearon muchas dudas en su mente: ir a la policía y contarlo todo, pero por otro lado pensaba que esto arruinaría el camino que lo llevaría a la presidencia. Como le había comentado a su mujer, estaba muy bien en las encuestas, faltaban solamente semanas para las elecciones y todo estaba a su favor; la presidencia estaba muy cerca y no pensaba renunciar a su mayor sueño por nada ni nadie. Dejó la nota guardada, después hablaría de eso con Francisco, volvió con su mujer e hizo de cuenta que esa pesadilla no estaba sucediendo.

CLARA

Clara y Garri Mantenían una discusión en la comisaría.

—Clara, es una locura no llamar al senador en tono amigable para darle aviso de lo que está pasando.

—Ya debe saber todo, solo querés cubrirlo para que arme su coartada antes de que lo detengamos.

—Sabés que no hay una sola prueba firme para detenerlo.

—Por ahora, pero tiene que venir urgente a la comisaría a charlar con nosotros, ¿no te parece?

—Sí, pero te pido que por el momento hagamos las co-

sas a mi modo, soy tu superior y te lo ordeno.

Clara se fue hecha una furia pegando un portazo. En ese momento Garri empezó a llamar a su gente para conseguir el teléfono del senador e invitarlo amablemente a la comisaría. Fue imposible dar con su número sin contar lo que pasaba, pero sí pudo comunicarse con su asesor Francisco Abadía.

ADI

En el auto, camino a la casa, nadie dijo ni una palabra. Adi aprovechó para hablar con Leti, la prensa empezaba a presionar. La orden era que estaba de regreso en su país con un asunto familiar delicado, que nada tenía que ver con su relación con Trevor. A Trevor le debía una llamada, estaba muy triste por lo de Luisa, se comunicó con él.

—Hola, recién salgo de la comisaría, no puedo contarte mucho, pero sí, un enfermo mató a mi hermana. Mañana vamos a poder enterrarla y dejar que descanse en paz.

—Di, cariño, qué tristeza enorme, me dejas sin palabras, todos amábamos a Lucy. Sé que se hará justicia, ni más termine la temporada tomo un vuelo para estar junto a ti.

—No, no es momento... estoy volviendo a casa de mis padres, no puedo seguir hablando.

—Ok, respeto el momento, quiero que sepas que no soy el mismo de hace unos meses, quiero verte, necesito que hablemos, por favor.

—Ahora no.

Adi colgó, bajaron del auto y ni bien entraron comenzaron los reproches.

—Adela, ¿cómo puede ser que con tu madre tengamos

que enterarnos en la comisaría de lo que estaba pasando con Luisa? Se ve que vos sabías muy bien que ella salía con un hombre casado

—Si no te molesta, te pido por favor que me digas Adi, sabes qué desde siempre me gustó que me llamen así, y desde hace años es mi nombre profesional. Volviendo al tema, si Luisa no tenía la confianza suficiente o quizás le daba vergüenza comentarles que estaba en este tipo de relación es un problema de ustedes, no mío. Tengan en cuenta que uno no les comenta a los padres todo el tiempo que está en una relación con alguien que está comprometido, y más si era esa persona.

Susana asentía, angustiada y sin poder creerlo aún.

—La identidad de ese hombre la supe hace poco, antes de venir acá, y lo del embarazo fue una sorpresa, al igual que para ustedes. Saben lo dramática que suele ser Luisa y pensé que era otra de sus bobadas, pero no. Entiendo que esto nos superó a todos, pero por favor no me merezco ningún tipo de acusación ni de planteo por parte de ustedes, que no saben qué es de mi vida.

—Alfredo, por favor, Adi tiene razón. Es una responsabilidad nuestra como padres si nuestra hija no pudo hablar nosotros, es un tema muy delicado que no sé si alguien se animaría a contar. Tampoco me lo pudo decir a mí que soy su madre y entendí que a vos jamás te hubiera dicho nada de esto. Ahora tener algo con ese senador que tiene muchas chances de ser presidente de la república yo no lo puedo creer, pensar que mañana vamos a ir a enterrar a nuestra hija y que mantenía un vínculo con este hombre, por favor...

Alfredo se dio cuenta de que su mujer y su hija tenían razón. Por un lado, echarle la culpa a su hija viva no tenía ningún tipo de sentido, pero necesitaba descargarse con al-

guien. Por otro, no podía creer que Luisa estuviera manteniendo una relación con un nombre unos años menor que él.

—Disculpame, no tenía que tratarte así, estoy muy nervioso, me sorprende mucho esto. Sé que tu hermana siempre fue alocada, de meterse en líos y sus aspiraciones para entrar en el mundo de la política, pero jamás imaginé que fuera de este modo.

Los tres se habían quedado parados en el recibidor y nadie se movía.

—Me parece también que tu gran problema es siempre haber pensado que yo era la loca de la familia por simplemente querer dedicarme a ser una artista. Me sostengo económicamente desde que soy muy joven y soy independiente. Te puedo asegurar que la valija y la cartera que llevo en este momento salen lo que Luisa no pudo haber logrado en años de trabajo y viviendo con ustedes. Creo que también es un gran problema tuyo haberme subestimado y pensar que yo iba a terminar colgada de las drogas y de las fiestas, simplemente quería ser artista.

Adi se dio vuelta y subió por las escaleras para ir a su dormitorio. Tenía muchas ganas de llorar, no solo porque todo le parecía inverosímil —su hermana muerta, volver a la casa de su familia, los reproches de su padre—, sino también que su matrimonio se estaba cayendo a pedazos, que las cosas que añoraba compartir con su hermana ya no podría hacerlas, que podría haber sido tía... todo era demasiado. Trató de calmarse y descansar.

FRANCISCO

Francisco había recibido el llamado urgente de un tal Garri, un comisario que parecía bastante interesado en

dar aviso a Conrado de su situación. Tenía que presentarse en la comisaría a primera hora porque de las pruebas surgía que había sido una de las últimas personas que estuvo con Luisa. Para rematar, parecía que Osvaldo también estaba comprometido. Hablaría con Conrado por eso. Gracias a un contacto, pudo averiguar dónde se iba a realizar el entierro de Luisa, sus nervios tenían que ver con Adi, no sabía qué pasaría cuando se encontraran, estaba seguro de que estaba anoticiada de todo y estaría acá para despedir a su hermana. Se sentó sobre la cama y llamó al senador.

—¿Qué pasa? Es tarde.

—Se comunicó conmigo gente que lleva el caso de Luisa, se ve que no pudieron dar con tu número. Es importante, mañana tenés que presentarte a primera hora, no vayas con un abogado porque vas a parecer sospechoso. Después veo a quién llamar si lo necesitas.

—No entiendo nada Francisco.

Conrado se levantó de la cama para no despertar a su mujer.

—Parece que hay pruebas que te involucran con Luisa, a vos y a Osvaldo, son los últimos que estuvieron con ella. Ya saben lo del embarazo, calculo que te pedirán un ADN.

—Ni en sueños accedo a eso, sería el fin.

—Es mejor que te presentes con toda la buena voluntad para colaborar, ya deben haber pedido información en el hotel, así que espero que no hayas hecho nada.

—No, no tuve tiempo de llamar para que borren nada, ahora pienso que es mejor que cualquier cámara me haya situado ahí, en el momento que se llevaron a Luisa.

Francisco seguía sin poder creer lo que estaba pasando.

—Conseguí datos sobre el entierro de Luisa, voy a ir y en todo caso te veo después en la comisaría, andá con Osvaldo.

Francisco se recostó y trató de quedarse dormido, le esperaba un día con muchas emociones, y no de las buenas.

EL FUNERAL

Adi no había pegado un ojo en toda la noche; entre los reproches de su familia, su relación con Trevor y la tristeza abrumadora, dormir era un sueño. Las pastillas que tenía no habían hecho mucho efecto. Bingo estaba a su lado.

El entierro de su hermana le iba a dar una especie de confirmación a lo que ya era. Su padre se encargó de elegir todo, a ella le daba lo mismo y su madre no estaba en condiciones de decidir nada. Desayunaron lo mínimo como para estar en pie y se dispusieron a salir. Todos de un riguroso negro, los anteojos de Adi le cubrían casi todo su rostro. Aún frente al dolor era una mujer imponente, su altura y su manera de moverse no podían pasar desapercibidas ni en un momento como ese. Fueron hasta la casa funeraria, donde tomaron los autos que la llevarían al jardín de paz. Llegaron al lugar entre los saludos a familiares y amigos. Por el momento nadie de la prensa. Adi vio a lo lejos a la detective Rosatti que le hizo una mueca de saludo. Era un día soleado, corría una leve brisa, un día que Lucy hubiera disfrutado mucho.

Luego de la ceremonia y de las palabras que dio un cura (para ella sonaban huecas), la artista quería salir corriendo a llorar, pero se mantuvo impávida saludando a la gente, que, en algunos casos familiares lejanos, la encaraban por haber pasado tanto tiempo fuera o le preguntaban por su próxima gira. Cierta gente jamás pierde el sentido del ridículo.

De golpe, vio moverse a una persona y le resultó fami-

liar, no terminaba de distinguirlo, pero le hicieron falta unos segundos más para determinar que era Francisco Abadía, su gran amor de la adolescencia. La situación era surrealista por donde se mirase.

—Francisco... ¿qué haces acá?

—Me enteré de lo que había pasado y quise venir a despedir a tu hermana, darles mi pésame.

Se volvieron a mirar y se dieron un beso incómodo, casi de compromiso.

—¿Cómo te enteraste?

Francisco pensó rápido, no quería revelar en ese momento su vínculo con Conrado.

—Tengo en redes a gente en común con tu hermana y ahí me enteré, ¿estás bien?

La tensión era insoportable, mucha gente se agolpaba para saludar. En ese momento llegaron los padres de Adi. Su madre se acercó primero.

—Fran querido, tantos años, gracias por estar en este momento.

Adi miraba a Francisco con nostalgia. Durante muchos años se divertieron tanto los tres.

Francisco hablaba con Susana y se sentía incómodo, totalmente embelesado por la belleza de su ex, que con los años se había vuelto una mujer espléndida. La misma con la que había crecido, hoy era una artista famosa y reconocida que volvía a estar cerca de él, pero del modo más horrible.

De lejos le pareció ver que una mujer le prestaba demasiado atención, vio mejor y se dio cuenta de que era policía, lo que le faltaba en ese momento. Seguramente ya sabía quién era él y su vínculo con el senador. Tenía que irse lo antes posible para ver cómo estaba saliendo todo en la comisaría.

—Susana, Alfredo y Didi. Lo siento con el corazón, ustedes saben cuánto apreciaba a Luisa, y no tengo más que hermosos recuerdos de esa época. Que Lucy encuentre paz, me retiro.

Los padres de Luisa agradecieron emocionados; ella estaba quieta, lo saludó con un gesto imperceptible. El apodo que usó Francisco, no lo había escuchado en siglos, así le decía él cuando eran chicos y nunca nadie volvió a llamarla de ese modo. Qué tristeza todo, todavía no podía entender por qué Francisco se había aliado con su padre para ponerle trabas en el camino y no dejarla surgir como artista. No se lo iba a perdonar, porque lo había amado como nunca y le había roto el alma.

Francisco le hizo un gesto a Adi y salió con el paso apretado y firme. Directo a la comisaría.

Clara estaba observando la secuencia, la persona en la que había fijado su mirada había desaparecido. Algo en su instinto le decía que no estaba bien: la forma en que la miró y trató de escapar. Se acercó a presentar sus respetos y de paso averiguar algo, vio que Adi estaba sola y aprovechó.

—Perdón, vine a presentarles mis respetos y también a estudiar la situación. Muchas veces quien perpetúa el hecho suele estar camuflado entre familia y amigos.

—Pero... si ya tienen un sospechoso que me imagino van a interrogar.

—Sí, claro, hasta donde sé tiene que presentarse hoy en la comisaría, pero no hay arma ni un solo testigo que pueda situarlo en la escena, va a ser difícil.

—Sí... bueno, gracias por estar, pero la mayoría de la gente que vino es de la familia y muchos amigos de Luisa, nadie extraño hasta dónde se.

—Y qué me podés decir del chico de traje negro que te

saludó hace un momento... le veo cara conocida.

Adi la miró algo extrañada, le parecía un poco desubicada la pregunta, creía que la única persona vestida así, además de su padre, era Francisco.

—Eh... no sé ¿Francisco?

—¿Es familiar?

—Fue mi novio durante muchos años, cuando éramos más chicos y casi familia en ese momento, quería mucho a mi hermana, ¿por?

—Porque cruzamos miradas y trató de escaparse, como si supiera que soy policía.

Adi estaba cada vez más sorprendida.

—Hace años que no lo veo ni sé nada de él.

Clara no quiso indagar más, pero su instinto le decía que Francisco estaba de algún modo conectado con el Senador.

—Está perfecto, gracias por la información. Voy a seguir trabajando en el caso, dales un saludo a tus padres de mi parte.

Clara se alejaba y Adi no podía salir de su asombro, no solo por haber visto a Francisco hacía años, sino porque pudiera haber actuado de modo sospechoso delante de una policía. A lo lejos se dio cuenta de que había paparazis. Estaba entrenada para distinguirlos, hizo seña a la gente de seguridad para que los sacaran.

BART

Bart estaba caminando por la estancia cuando recibió el llamado de Charles.

—¿Novedades?

—Tal como era de esperar, el senador no se presentó al velorio, sino que está en la comisaría. En el entierro

se presentó una mujer con chapa de policía y estuvo hablando con la familia de la víctima. Creo que la chica que murió es parienta de una famosa, me pareció ver fotografías escondidos.

A Bartolomeo lo tenía sin cuidado, esa gente no era ya su objetivo, todo tenía que ver con Conrado.

—Averigüen bien quién es esa poli y hasta qué punto los que investigan nos van a causar problemas. Además, quiero que ya se viralice en todos lados la muerte de esta chica y sus vínculos con Conrado.

—Entendido.

CONRADO

Conrado estaba arreglándose para ir a la comisaría — Osvaldo estaba esperando puntual—, eligió un saco y pantalón azul con una camisa blanca. Elegante pero sin tanta formalidad, no quería imponer su presencia, no por el momento. Según consejo de Francisco, le convenía hacer buenas amistades con ese tal Garri, ofrecerle un gran cargo si ganaba la campaña, hacer alguna donación, porque él era quien controlaba a todo el cuerpo de policía. Saliendo se encontró con su mujer que bajaba por las escaleras.

—¿Tan temprano te vas?

—Sí, hoy tenemos muchas reuniones y temas que cerrar, seguramente vuelva tarde.

—Ok, que estés bien, te quiero.

—Yo también.

Conrado le dio un beso en los labios a Virginia y salió apurado. Algo no estaba bien y ella lo intuía, pero no quería preguntar. Se dirigió a la cocina y no pensó en nada más.

FRANCISCO

Francisco estaba llegando a la comisaría. Antes de estacionar su auto, le mandó un mensaje a Adi, tenía ganas de hablar con ella. No esperaba que le contestara, pero enseguida le dijo que sí. Se pusieron de acuerdo, se verían más tarde cerca de un gimnasio donde ella estaba entrenando. Se bajó del coche y vio entrar a Conrado y también a la policía esa que había visto en el entierro. Clara interrumpió su paso.

—Vos estabas en el entierro de Luisa Robledo y ahora te presentás en la comisaría, ¿quién sos?

Qué le importa, pensó él para sus adentros.

—Soy Francisco Abadía, jefe de campaña del senador López Subiri. En el entierro estaba porque me une un vínculo personal con la familia Robledo, nada más que eso.

—Qué chico es el mundo, ¿no? ¿La familia de Luisa sabe todo esto?

Francisco se quedó callado. De lejos vio como Conrado era recibido por alguien, suponía que era ese tal Garri. La policía lo estaba incomodando.

—No, no lo sabe y respetaría que me dé el tiempo para comentarlo, hasta donde sé Conrado no está detenido y se presenta en la comisaría, como lo haría cualquier persona de bien que quiere colaborar con la fuerza pública.

Clara vio que se enfrentaba a alguien inteligente y con una respuesta para todo, algo pedante y sumamente atractivo. *Pésima combinación*, pensó.

—Sí, no tengo por qué decirle nada a la familia Robledo salvo que haya algo importante en la investigación que te involucre.

—No van a encontrar absolutamente nada, por suerte soy una persona activa en mis redes, la noche del asesi-

nato estuve tomando tragos en un bar, pagué con tarjeta de crédito y si es necesario te paso el teléfono de la cita con la que estuve. Ahora, si me das permiso, voy a ver qué pasa dentro.

Francisco miró desafiante a Clara y se movió casi empujándola. Si era necesario Clara iba a comprobar su coartada, qué tipo que ya le caía mal. Entró ella también a la comisaría y fue directo a la sala de interrogatorios, no quería perderse de nada.

ADI

Adi había vuelto del entierro sin fuerzas para nada, descansó un poco, pero se dio cuenta de que lo único que podía ayudarla en este momento era bailar. Otra persona en su lugar se tomaría cualquier cosa y se quedaría dormida, pero ella no era así, tenía que conectar con su pasión para seguir entera. Juntó fuerzas y buscó algunas direcciones de estudios de baile, había pocas, pero vio que cerca de su casa había un gimnasio bastante exclusivo que ofrecía clases. Se dirigió al lugar totalmente camuflada: equipo deportivo negro, gorra, gafas. Antes de presentarse en la recepción, notó que tenía un mensaje de Francisco, la estaba contactando por su teléfono, probablemente su madre le había dado el número. Quería verla y ella no estaba segura de que fuera lo mejor, pero en este momento nada lo era. Le dio la dirección del *gym*, al lado había una cafetería donde podrían verse, guardó su móvil y se presentó en la recepción.

—Quería saber si tenés lugar para la clase que empieza ahora.

—No, ya está todo completo.

Adi se acomodó los anteojos y de inmediato la recepcionista la reconoció.

—¡Por favor! La estrella Adi Taylor en este lugar, qué honor tenerte acá, me encanta lo que hacés, por favor, pasá directo a la clase.

—Gracias, pero te pido por favor que no digas nada, estoy en el país por un tema familiar muy importante y me gustaría que quede así. Te prometo que voy a filmar algunas cosas y cuando esté más tranquila le voy a dar promoción.

—Claro, por favor, para mí sería un orgullo, ¿podemos tomarnos una foto?, así con anteojos sin que te reconozcan.

Adi dudo, pero pensó que si declinaba sería peor y la clase estaba por empezar. Aceptó la foto, pero pidió por favor que no la compartiera hasta dentro de unos días. Subió por las escaleras, la sala estaba bastante llena, trataba de mantenerse anónima porque no quería la atención de la gente ni de la prensa, no en ese momento. Adi solía ser muy cordial cuando alguien la reconocía. Ella solía manejarse con guardaespaldas, no sabía si ahí lo necesitaría, podría decirle a Leti que averiguara por algunos nombres, aunque se sentía menos reconocida. Comenzó a bailar y a sacar toda la tristeza que tenía encima. Eso la animó, sudar, entregar todo en la pista. Hasta encontrar otro lugar, ese salón de baile le parecía adecuado. Sentía que lamentablemente su estadía en el país no sería corta. Por un momento se olvidó de Luisa, y de su encuentro con Francisco.

LA COMISARÍA

Conrado estaba muy incómodo, habían arreglado con Osvaldo decir la verdad, no tenía ningún sentido mentir. Él no había hecho nada. Por cortesía de Garri, las pregun-

tas las harían en su despacho; antes de pasar se encontró con Francisco.

—Fran, ¿qué haces acá?, ¿no ibas al entierro?

—Sí, fue muy terrible todo. Estoy destruido y me quedan cosas por hacer, pero quería venir a ver cómo estaba todo. Mantenete calmo, hablé con tu abogado, no tenés que hacer más que marcar su número y está disponible, tuve que contarle todo.

—Está bien, Ricardo es de los nuestro. Igualmente no estoy detenido, así que supongo que en un rato podré irme.

Francisco se despidió, hizo una seña a Osvaldo. De lejos observó que la detective hablaba con unos compañeros y prefirió evitarla.

Garri y Conrado tuvieron unos segundos para hablar antes de que Clara metiera las narices.

—Senador, realmente lamento que estas sean las circunstancias para conocerlos y voy a ayudar en todo lo que pueda para que este lamentable hecho se esclarezca, porque estoy seguro de que no tiene nada que ver.

A Conrado le parecía interesante que Garri sin saber casi nada de él lo tildara de inocente, pero la verdad en ese momento le servía mucho y lo iba a aprovechar.

—Le agradezco mucho la confianza que será recompensada, no tengo nada que ver con este hecho tan terrible y cuánto antes se aclare todo, mejor.

En ese momento Clara entró hecha una tromba, en otra oficina le estaban tomando declaración a Osvaldo.

—Buenos días Senador, mi nombre es Clara Rosatti y estoy al frente de la investigación por el asesinato de Luisa Robledo. Vamos a saltearnos la parte en que me dice que usted prácticamente no la conoce, porque tenemos fotos y evidencia de que mantenían una relación de pareja y también fue una de las últimas personas que estuvo

en contacto con ella, además de su guardaespaldas.

Conrado estaba tensó; Garri le ofreció un vaso de agua. Desde su participación en la política estaba muy acos-
tumbrado a situaciones complejas, pero jamás algo así.

—Sí, es verdad, yo conocía a Luisa y sí puede decirse que de algún modo mantuvimos una relación, nada seria, algo de momento. De hecho, ese día estaba por terminar las cosas.

—Justo cuando Luisa le confiesa su embarazo, conveniente.

Conrado le dijo a Osvaldo que en ningún momento mencionara nada del embarazo, que ellos discutieron y que lo mandó a seguir a Luisa solo para que llegue bien a destino.

—Luisa era una chica joven y libre, no tengo ninguna constancia de que eso sea cierto y no pienso someterme a ningún tipo de análisis.

El despreciable ensuciando la memoria de Luisa. Clara ya no lo soportaba y lo quería ver caer.

—¿Por qué su guardaespaldas siguió a Luisa?

—Porque efectivamente yo no quería seguir adelante con ese vínculo y ella se puso muy nerviosa cuando le dije que teníamos que terminar. No me pareció prudente que caminara sola de noche, pero bueno, rehusó la custodia de Osvaldo y después lo que sabemos.

—Sabemos que a Luisa la mataron de dos tiros por la espalda y cayó desplomada, no le robaron nada. La dejaron ahí tirada, cursando un embarazo de ocho semanas. Eso es lo que sabemos, senador, pero tenemos muchos interrogantes. En lo personal, quiero ver al cabrón que hizo esto tras las rejas de por vida.

Garri le hacía señas a Clara para que se calmara, estaba incomodando a Conrado y no lo dejaba terminar de hablar.

—Lamento profundamente lo que ha pasado con Luisa,

estoy a disposición de la justicia para lo que sea necesario, pero yo no la maté, no me moví del hotel, mi persona de seguridad lo va a corroborar, pidan cámaras en el hotel.

—Efectivamente lo hicimos y nos dijeron que en el piso VIP no hay cámaras y su entrada no está registrada. Solo se ve la salida de su chofer y de Luisa. Senador, si no fue usted, ¿quién puede querer perjudicarlo tanto que es capaz de cometer semejante asesinato y dejarlo casi como culpable?

Conrado no sabía que decir, en algún punto esa mujer tenía razón, esto era en contra de él, alguien quería destruirlo.

—Sí, efectivamente, ese día entré por la cocina, pero repito: nada me sitúa en la escena del crimen, no hay nada que contenga mis huellas, porque si no ya estaría detenido.

Era cierto, nada conectaba a Conrado con la escena del crimen, no tenían un arma, un video. El cuerpo de Luisa no estaba golpeado previo a su muerte. No le extrañaba que no quisiera un ADN, era muy cagón como para hacerse cargo de esa responsabilidad que podía acabar con su carrera. En ese momento el Senador se puso de pie y se dirigió a Garri ignorando a Clara. *Clásico*, pensó ella.

—Comisario, tiene mi teléfono, saben dónde ubicarme, estoy para colaborar, pero no voy a perder más tiempo demostrando mi inocencia.

—Claro, claro, por favor, lo acompaño.

Caminaron los dos por un pasillo. Osvaldo los seguía, se puso delante del senador antes de salir y una lluvia de periodistas se agolpaba en la puerta. Conrado miró a Garri.

—Le juro que solo tres personas sabían que usted venía y nadie habló.

—Calma, por favor, calma.

Los periodistas se tiraban encima de Conrado, consul-

¡Me gusta, quiero seguir leyendo!

Para continuar leyendo este libro puedes adquirirlo en las principales plataformas online del mundo, tanto en papel como en eBook.

También puedes consultarnos directamente y te asesoraremos con gusto.

WhatsApp: +54 9 11 6154-5552

e-mail: ventas@tequiste.com

www.tequistelibros.com

